

LA ISLA
DE LOS
HOMBRES SOLOS
(Novela)



JOSE LEON SANCHEZ

1963

15 Mayo de 1963. Teatro Nacional, Máximo Coliseo del Arte y la Cultura Costarricense. Se cita un nombre y todos los asistentes miran el lugar ocupado por una silla vacía. El aplauso se desgrana como un homenaje para el hombre que no puede venir a sentarse en esa silla. Sobre los asistentes, una rutilante lámpara de cristal brilla como una estrella. Es la hora de un motivo magnífico: la entrega de Premios Artísticos, Científicos y Literarios de los Juegos Florales. Entre los ganadores está José León.
Una silla vacía en el Teatro Nacional!

14 años antes un joven de 20 años en compañía de otros pillos tratan de llevar a cabo un audaz robo: las joyas de la Basílica de Nuestra Señora de los Angeles en Cartago. Uno de los maleantes sin consulta con sus compañeros, asesina al celador.
El joven horrorizado huye del lugar dejando en abandono parte del botín valorado en centenares de miles.

Después el muchacho acepta para sí toda la responsabilidad del delito y el asesino, Manuel Antonio González Molina, será posteriormente declarado inocente.

Toda la culpa se carga sobre los hombros del joven y se convierte en el hombre más odiado de Costa Rica. Es necesario imponerle una pena bien alta y tener así la seguridad de que nunca saldrá de la cárcel. Se encuentra en su pasado de niño rebelde que se le ha impuesto una medida de seguridad. Los Tribunales interpretando esa medida de seguridad impuesta a un niño como un agravante equiparable a la reincidencia que eleva la pena de los criminales al tope, impone una sentencia de 45 años. La pena que le correspondía era de 30 años máximo. Se ha cumplido el aforismo romano que decía:
Summum ius summa injuria

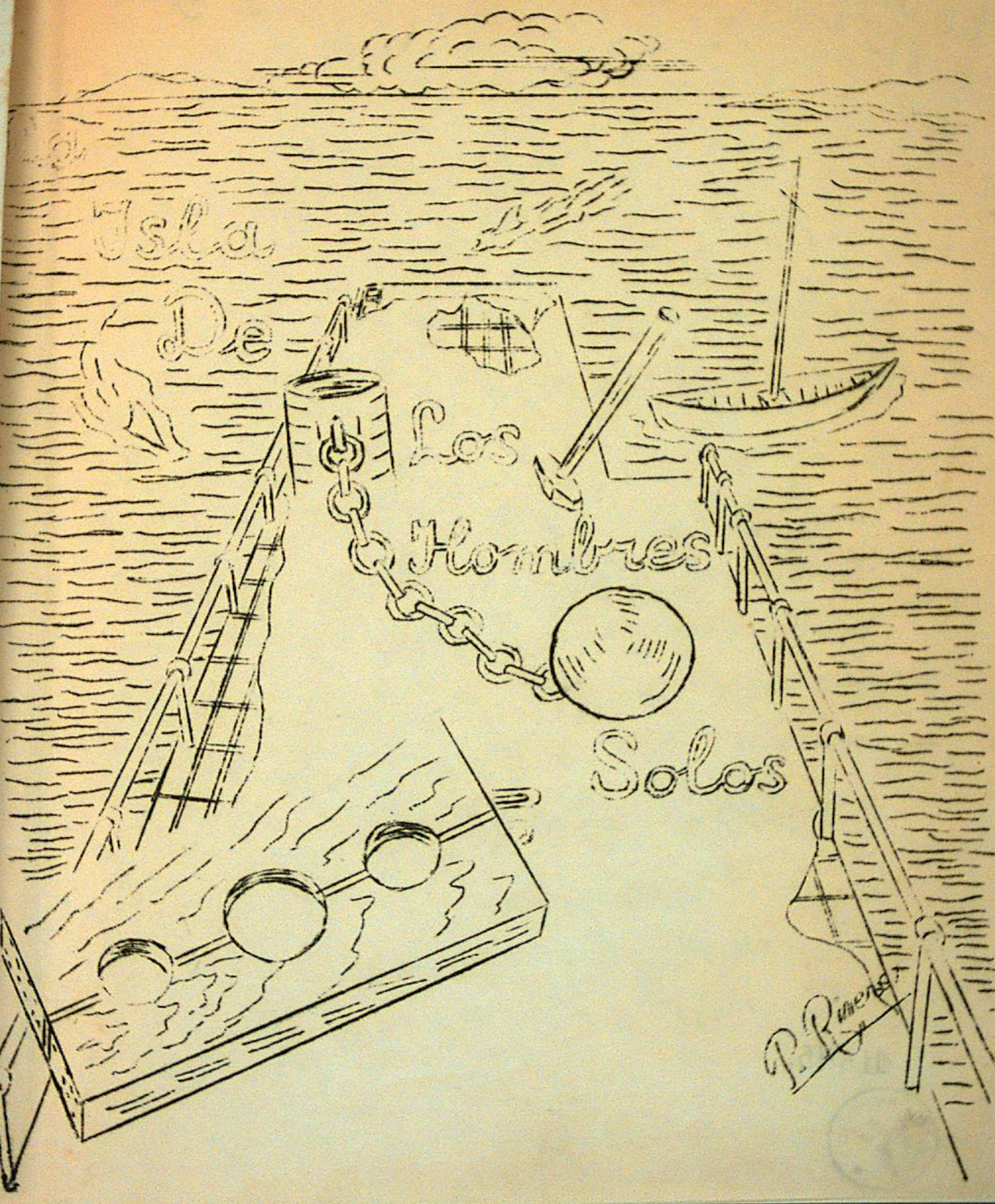
(La Justicia exagerada causa injusticia)

Penitenciaría Central de San José. El lugar más degradante de Costa Rica. Pasan unos años. El joven se va haciendo hombre. En cinco años intenta fugarse 17 veces. Una de ellas es herido de gravedad y se encuentra al borde de la muerte. En otra oportunidad logra la fuga y es regresado desde las montañas de San Carlos en una camilla de palos y hojas; para capturarlo han tenido que hacer fuego. Ni las rejas, las torturas, el odio, logran domeñar su espíritu terrible.

A los cinco años de una vida paralela a la miseria. Nuestro personaje se encuentra en un calabozo pestilente. Cumple su segundo mes de encierro en un castigo de nueve meses. El lugar es oscuro y solamente entra un rayo de luz tan grande como una moneda de un colón. Un sacerdote, el Dr. Carlos Humberto Rodríguez Quirós, le visita en esa celda. El delincuente no es más que un asomo de persona humana. Por vestido tiene un saco de gangoche lleno de mugre y de piojos que también le sirve de cobija. El Sacerdote le habla dulcemente tratando de que por un instante olvide la tragedia de su vida.

Han pasado varios años. El primer Homenaje lo recibe nuestro personaje de la Cruz Roja Cubana y el Colegio de Médicos y Cirujanos de la Habana. Labor cumplida: Director del Primer Club de Donadores de Sangre que hay en Costa Rica, integrado por reos de varias cárceles. Con anterioridad S. S. Pío XII le ha concedido una Bendición que le llega desde Roma en las manos del Sacerdote Dr. Carlos Humberto Rodríguez Quirós. Maestro de Escuela. Fundador de Bibliotecas. Poeta. Autor de los más hermosos cuentos de nuestra literatura.
(sigue última página)

José María Javaloy



Isla

De

Los
Hombres

Solos

P. Rimens

La Isla de los Hombres Solos.

d e d i c a t o r i a

- - -

A veces cuesta encontrar las palabras necesarias para expresar afecto, agradecimiento y admiración.

Por meses la he venido pensando para decir lo que me inspira una Ins- titución Costarricense a cuyas puertas llegamos un día en los lí- mites de la derrota moral.

Hoy, por los caminos hermanos de Costa Rica, van seres que han a- prendido una hermosa lección de convivencia humana.

Personas llenas de una intensa y admirable emotividad social les sal- varon desde las garras de la delincuencia, ya para siempre.

El personal de tal Institución lo integran desde modestos hom- bres y mujeres, hasta personajes famosos.

Reconozco humildemente no haber encontrado la palabra suficiente hermosa para expresar mis sentimientos.

Empero, hace unos días, el ilustre escritor Nacional don Alejandro Aguilar Machado, ha pronunciado esas frases.

Al dedicar este libro a la Institución aludida, es mi deseo re- petirlas una a una:

" Bendita sea una labor como la propia del Consejo Superior de Defensa Social! "

josé león sánchez.

Penal de San Lucas- 1963.

Pasada la Revolución, en Tuntarenas se enteraron de nuestra angustia. Y las gentes muy buenas de la ciudad enviaron al Padre Domingo Soldati, — el mismo que años después nos construyó la Iglesia que ahora tenemos —, con tres bongos llenos de comida y de agua. Cuando yo me muera y tenga que ir al cielo — porque he recibido la parte del infierno que le toca a cada uno en la vida — no me han de recibir con tantas cosas como las que nos dió ese día el Padre Soldati. No, yo no miento, Señor: a cada reo una botella de agua de una sola vez. Y había más. A mí me parecía mentira que fuera posible que esta botella fuera para mí solito y no tuviera que repartirla con diez, para tres días. Me senté en una piedra a la sombra de un tamarindo cuyas frutas nos habíamos comido crudas y tiernas, y fui bebiendo sorbo a sorbito de la botella. Y después nos dieron plátanos maduros y verdes que nosotros los reos nos opusimos, ante la extzañeza del Padre Soldati, a que los cocinaran pues? no era mucho lujo? Yo puedo decir de verdad que los plátanos maduros son deliciosos con cáscara y todo. Los plátanos verdes son más delicioso aún con cáscara y crudos. Después de comidos y bebidos, el Padre habló de Dios y no tuve duda de que ese día Dios se había asomado a los ojos de los reos y fue bueno. Pero siempre terminó en un mal día pues nadie nos dijo que no podíamos comer tanto y de todo y algunos se murieron de empacho y yo pasé muy mal vomitando y con grandes dolores de panza aunque con una mano de bananos muy escondida con el deseo de curarme pronto para salir corriendo a devorarla. Creó que la visita del Padre Soldati fue una de las grandes logrias que recibimos los reos y fue más la contentera al saber que al Coronel lo llevaron cargado de cadenas al Cuartel Buena Vista cuando se enteraron de que se bañaba en tanto que nosotros moríamos de hambre y de sed.

Bueno, le voy a contar el otro alegronazo del día en que nos dejaron en libertad a todos los reos. Si; solamente que fue una lástima que después de darnos la libertad no permitieran que yo me fuera para mi rancho que sí tal hubieran hecho, dudo de que me encontrarán ya nunca más sino hasta el día del Juicio Final.

Los Coroneles que mandaron aquí eran indiferentes al dolor humano. Allá de tanto en tanto venía alguno con un poco de "piedad" y limitaba un poco los castigos. Algunos no contentos con nuestra situación inventaban nuevas formas de tortura. Castigo, Tortura, Asesinatos. Fueron años sin cuento en que buenamente los hombres en Costa Rica creyeron que la única ley de reformar al hombre malo era a fuerza de castigos. En muchas casas de Tuntarenas hacían corrillo alrededor de los soldados que salían con permiso después de un año de servicio y reían a palma batiente, cuando les narraban las cosas del penal. Preguntaban por Fulano, Mengano o Zutano y cuando el soldado decía que el tal ya había muerto asesinado, en un intento de fuga o algo por el estilo, los oyentes ponían cara de tristeza:

—; Qué lástima que se haya muerto cuando merecía otros treinta años de castigo. Los seres que vivimos dentro de las rejas de un penal no tenemos un valor. Somos materia manejable y con nuestro espíritu se podía hacer cualquier cosa. Y lo hacían. Ví como en el Presidio los hombres se convertían en "cosas" a veces hasta bastante extrañas como le pasó a mi amigo Antonio que ya yo lo conté. Hombres muy hombres se volvían mujeres; inocentes en criminales; engañados en avispados; inteligentes en locos; locos en Patrones o Cabos de Vara; criminales de negro corazón en hombres de respeto a los que se pide consejo y se les da cuenta de todo cuando son allegados al Coronel y por tener una verga de toro todo el tiempo en las manos; convertía a seres humanos en barro, en polvo, en corazón de piedra, en basura, en cosas mucho más bajas que la basura. Coroneles nombrados Comandantes del Presidio cuyo único ideal era salir millonarios. ¿Qué cada semana morían los hombres y cada año se renovaba la población del Penal? Eso no importaba: de todas las cárceles fluye la

corriente, el río de ladrones, violadores, asesinos, rateros, para el Presidio de San Lucas. ¿Qué los más se mueren como perros y se revuelcan en su propia inmundicia? Pero eso que tiene? ¿Acaso no somos reos?

Para Puntarenas salían los botes de vela cargados de cosas que se producían en la isla y después iban a dar hasta los arcones cerrados del Coronel ya convertidos en piezas de oro y plata.

Algunas veces mandaron a 300, 400, 600 presidiarios y cuando venían las epidemias de cólera con su manto de muerte a nada más que a cien. Pero después, de nuevo crecía la corriente del delito y los reos empezaban a llegar. No se puede negar que alguna vez llegó un Coronel con moral. Pero el medio, la tentación, vale más en un penal que las ideas. Las ideas son como lo que yo en estos momentos hago con mis dedos: basura!

Pero lo que daba más tristeza es que a veces nosotros éramos gobernados por seres que también merecían una cadena al pie y un hierro en el alma. Hombres torvos. Ignorantes. Verdugos. Sin moral, Sin conciencia. No había entre ellos marcada diferencia que el uniforme al compararlos con el más fiero de los encadenados en nuestro Salón.

Había un Coronel que se llamaba don Venancio. Era muy amigo del Señor Presidente de la República de Costa Rica, aquella que está al otro lado del mar, en el Continente Americano.

El Presidente le envió para que se hiciera rico y don Venancio ni tardo ni con pereza al final del año ya lo era, pues a los doce meses tenía en la ciudad de Heredia una manzana entera de casas nuevas. Creo que le pasaba la más que tengo que dar a otro para que me lea las cartas, pero en lo que respecta a una imaginación para crear nuevas fuentes de castigo, era inmejorable. Voy a contar uno solo de los castigos que él inventó cuando aquí fue el Dios de la Isla.

Toñillo el hermano de Generoso, aquel muchacho que murió en la prueba del calabozo donde nos metieron cuando ingresamos al Presidio, guardaba en su pecho un rencor callado para con el Jefe de los Enterradores que había profanado a su hermano ya muerto. La acción lo envenenó de tal forma que entre sus primeras medidas fue hacerse de un filoso puñal, pero ocultó muy bien sus intenciones de matar al Cabo de los Enterradores. Era muy joven y no tenía siquiera el asomo de un bigote, de modo que cuando ingresó al Presidio se vió asediado por la plana Mayor de los sodomos que le ofrecían el cielo. Antonio no cayó en las garras de los degenerados y por el contrario les hizo saber a boca abierta que el primero que intentara hacerle algo cuando él dormía le llenaría el pellejo de tantos agujeros como los cuadros de una de las zarandas de colar arena. Como tales palabras las decía con un tono raro como de persona que no tiene fe ni en la paz de los sepulcros y como se rumoraba que estaba cargado de cadena por un crimen nada común para un muchacho de su edad, nadie osaba salirle con atentados. Esta regla se la brincaba el propio Cabo de los Enterradores. Este hombre le perseguía, le enviaba cartas de amor; le hacía llegar papayas que se robaba del papayal y alguna que otra vez le obsequiaba billetes de dos colones.

Un día estando Antonio en los interiores, el citado Cabo le quiso tomar el miembro por lo que limpiamente se smarró los pantalones y sacando el puñal se lo nundió hasta el mango cerca del corazón con una suerte tal para el cabo que un hueso desvió la hoja del arma.

Como era usual en tales actos, se reunieron tres Cabos de Vara jefeados por el más vil y perverso de los hombres que el Presidio de San Lucas tuvo y que difícilmente haya tenido penal alguno: un viejo llamado Mitajuana. Este además de ser un malvado de entrañas corrompidas en toda la definición de la palabra, con el corazón como un pozo de sangre congelada, era el que tenía el negocio de vender la marihuana y a más de su fama de sodomo, se le tenía como a uno de los verdugos más inhumanos que existieron nunca. Estaba preso por habersele descubierto ser el jefe de una banda de morfomános y fue el primer traficante al por mayor del país.

En la Penitenciaría Central de San José llegó Mitajuana a tener tanta garantía que portaba en su calidad de Cabo de Vara, hasta un revólver a cinto. Citaba Mita Juana, Mamita Juana o Mitajuana, que en las tres formas se le nombraba, que él hacía lo que en gana le venía con el hermano del Señor Presidente.

Pues al frente de los otros llegó hasta donde estaba Toño y junto con los otros iba armado de garrotes. Toño por su parte arrinconado en una esquina miraba a los hombres que se le acercaban y en su mano mantenía el puñal rojo de sangre. Mitajuana y sus verdugos no se animan a entrar. En ese momento apareció el Coronel Venancio.

Fra el Coronel Director Comandante, un hombre bajo de piernas, con una guerrera tachonada de medallas al estilo de los Generales de agua dulce tan prodigos en América Latina; cargaba también un prominente barriga, una fiera mirada desde sus ojos negros y asesinos; un bigote ancho de los que ya no se usan y en su mano portaba un lápiz. Haciendo a un lado a Mitajuana y demás verdugos, con palabras amables invitaba a Toño para que se rindiera. Entre otras cosas le decía señalando a los carniceros que estaban detrás de él:

— Mira muchacho que si no te rindes estos carniceros te convertirán en papilla a leñazos.— y poniendo en su voz un tono de ternura agregó— Te ruego, hijo mío, que me entregues el puñal y te prometo bajo palabra de militar que nada te ha de pasar.

Las palabras melifluas del Coronel, Toño— muchacho al fin— se acercó y entregó su puñal. De inmediato se volvió a Mitajuana que esperaba sus órdenes como suele esperar un perro de presa el estampido del arma y le gritó:

— ¡ Amárrenlo, pero sin hacerle daño!

Le ataron las manos y a una señal del Señor Director- Comandante- Coronel, marcharon todos hasta el muelle... Los reos los seguimos con la mirada hasta que la comitiva encabezada por don Venancio se perdió en la puerta de rejas fuera del edificio.

Luego unos compañeros nos contaron lo que había pasado, punto a punto. Llegaron al cerro de piedras que se adentraba en el mar y que aterrado de lastre, tierra, servía de muelle. El Director le ordenó que Antonio se pusiera cerca de la orilla donde el mar tenía una profundidad de cinco metros de hondo. Y luego tras de citar que en esta forma se castigaría a todos los reos que atentaran contra la vida de un Cabo de Vara, con las manos extendidas trató de empujar sobre el pecho de Antonio para lanzarlo al mar. Toño al ver el ademán del Director, con las manos esposadas y una cadena al pie comprendió que no tenía mucha oportunidad de salvarse y se aferró a esas manos que lo trataban de empujar e inclinando su cuerpo se lanzó al agua apretando contra él al Coronel. Ya en el agua hizo lo que pudo por ahogarse junto con su verdugo. Pero la jauría que estaba presente se lanzó también y lograron arrancar del abrazo fatal al amo. Toño no salió más pues el peso de las cadenas lo arrastraron hasta el fondo. El Director furioso por el susto y el ridículo que pasó, mando que azotaran a todos los que habían visto la escena ordenando que nadie dijera nada, aunque a la hora todo el penal sabía lo que sucedió.

En tanto allá abajo un revoloteo de espura y el agua colorada que se teñía el mar dió a conocer que los tiburones hacían su festín con el hermano de Generoso.

En los siguientes tres años que don Venancio fue Comandante del Presidio tal era su manera favorita para castigar a los hombres, ya fuera por intento de fuga, herir a un compañero, robos sucedidos continuamente o a los incorregibles. El mismo los llevaba al muelle y con un movimiento de una fusta uno de los verdugos o casi siempre Mitajuana, lanzaban al reo al fondo del mar. Más de una docena de hombres que yo recuerde recibieron ese castigo.... Y como sucede tantas veces para con la vida de los reos, los exhombres de los penales, en tanto que eso sucedía, Dios miraba para otro lado...

En el libro de "salidas" del Presidio los hombres aniquilados en tal forma se anotaban como muertos en un intento de fuga.

Siempre me llamó la atención ver como hasta los hombres libres en un Penal, tales aquellos que representan la sociedad en sus diferentes labores, suelen callar las barbaridades que ven cada día. Aman tanto su puesto y el sueldo que anteponen el interés a la misma dignidad humana.

Los que mandaban eran crueles y la crueldad era pan de cada día. Tengo la seguridad de que si alguna persona llevara al Presidente de Costa Rica la noticia de lo que pasaba en San Lucas, éste se hubiere muerto de risa.

Faltaban aún treinta años de la Historia de Costa Rica y una Revolución creadora de pensamientos nuevos, valientes, humanos, para que otro Presidente, don Francisco J. Orlich, llegara a declarar que "quien a un reo maltrata a sabiendas de que no se puede defender, a tal ni se le puede llamar hombre, ni es costarricense".

En un Penal muchas veces hasta a los empleados mismos se les termina tratando como si fueran reos y no se detienen a pensar que si no fuera por sus culpables silencios, los Comandantes procederían de otra forma.

El Presidio fue gobernado, dije, por hombres de toda calaña; de la más baja índole humana. Algunos eran tontos, ladrones casi todos, criminales y hasta una vez fue mandado por un loco pues don Venancio no era sino un demente.

El latrocinio fue patrociniado y botín de todos los directores a lo largo de casi 70 años de la historia del Penal. Cuando el Consejo Superior de Defensa Social se hizo cargo del Presidio para convertirlo en una Colonia Penal, encontró que en todos los largos años de su historia, el Caratario no había recibido cinco céntimos del producto del famoso Presidio.

Algunas veces don Venancio se vestía de reo, ordenaba que se le pusiera una cadena al pie y decía que era para sentirse él mismo en la situación en que el reo pasaba. Incluso se sumaba a las cuadrillas de trabajo y ordenaba ser tratado en igualdad con los prisioneros por lo que los Cabos de Vara se veían obligados, por temor, hasta aplicarle un garrotazo cuando se ponía un poco lerdito. De modo pues que no únicamente era un loco vesánico, sádico sino también un mazoquista.

El colmo de las aventuras de don Venancio fue lo que dió motivo al alegonazo que recibí en el Presidio y que ya he dicho en páginas atrás.

Nada menos que un día el Coronel-Comandante-Director, don Venancio se declaró Presidente de la República Libre, Soberana, Independiente de San Lucas en el Golfo de Nicoya, a diez millas del Continente Americano y en el mar Pacífico.

Le voy a contar la historia para que usted la cite en el libro que dice está haciendo sobre nosotros y con todos sus detalles para que conozca a fondo uno de los capítulos más curiosos en la historia del Terrible Presidio.



Para uno en los meses del Otoño. Los vientos de noviembre barrían la isla y azotaban el mar. Las hojas de los mangleños, de los tamarindos, mangos, jocotes, y almendros jugaban por todos lados, traviesos como niños en recreo. Nada hay de más lindo en San Lucas que esos dos meses del Otoño. Los barriles se marchan poco a poco como cansados de una larga jornada en que nos llenaron de toda su humedad. Los árboles se ríen como chilindrines mordidos por resortes escondidos, o como cabelleras de mujer. Las flores de los árboles de cortés vienen a germinar con su día en que todo lo ponen amarillo, rojo y blanco. Sobre el mar la espuma se hace rizos como carcajadas de cada ola para con el viento. Los días son frescos pero muy largos ya que a las seis de la tarde parece que son las siete de la noche. Vienen los polvos desde Hacienda Vieja y más allá. Los vientos nos alegran el corazón ya que nos hacen soñar con todos los caminos que han recorrido hasta llegar aquí, a nuestro lado. Con los meses también en que una... clase de mariposas amarillas vienen por miles desde las costas, sobre el brinco del mar, como si del cielo bajaran lluvias de agüita amarilla...

El suelo se vuelve también amarillo y después rojo. Cierto que los arroyitos que bajan de todas las crestas de los montes crucificados en la isla empiezan también a mermar sus caudales anunciando los meses terribles del verano en que los animales se mueren de sed primero y después los hombres, pero así y todo, es bueno caminar por entre esas quebradas y meter los pies con cadena... cuando no está mirando el Cabo de Vara para sentir una caricia de vida o para tener un sueño escondido, cuando en el mes de marzo y abril el agua se nos vuelve a dar por botellas cada dos días. Los vientos vienen a remozar la vida de la isla, a limpiarla de cosas sucias, y se hacen los remolinos de viento-hojas como elevando plegarias de tristeza a Dios, o como si en cada uno de esos remolinos se fueran las penas de todos los reos y las cadenas con ellas.

Vienen los meses en que allá afuera, más allá de allá, donde está la tierra de Costa Rica, los hombres y las mujeres hacen ya sus planes para las Noches Buenas. ¡Ah, las Noches Buenas! Los botecheros de vela lo piensan dos veces antes de hacer frente al Golfo que se pone también más fiero que nunca porque es entonces cuando azotan en el mar los vientos Nortes y que al venían todos los ranchos de las costas los pescadores suelen rezar más y más...

Es también el tiempo en que las abejas se van y se marchan los pájaros que durante todo el año han vivido picando flores. Y se van porque de quedarse, el viento las mata. Es el mismo viento en que poco a poco ayuda a matar la tierra de la isla, a empobrecerla más, pues desde el mar vienen las sales yodadas que hacen de los bajos, tierras que casi no sirven para nada. Y es un poco la muerte de la tierra en las colinas devastadas por el hacha, y llevan al mar el manto fértil que perdura por milagro.

Es el mes o el tiempo en que los reos cuentan que las Brujas suelen visitar las islas para recoger la tierra que han ido pisando los presidiarios o a sacar copias de las huellas que han dejado las cadenas en los lodazales, pues que son buenas para los encantos que ellas saben usar.

Los mangos verdes van brotando de la flor y los reos se sientan bajo esos mangos con la esperanza de que caigan algunos y tomar a escondidas de los soldados y devorar.

¡Ah, los tiempos lindos del Otoño en San Lucas!

Los recuerdo muy bien porque una Señora buena de las que tienen Hotel en Puntarenas prepara café y tamales al final de Noviembre y se acerca a darnos uno a cada uno. Y también es el tiempo, único, en que no se sabe de dónde, llegan muchos sacos de papas y año con año, como parte de una promesa, se da una papa grande como un puño a cada reo en la mañana y otra en la tarde. Es también el tiempo en que me recuerda que un día fui libre... ¡Libre! Era tiempos en que elevaba con los vientos, barriletes al cielo donde un amigo había escrito papelititos de amor a las nubes...

¡Ah, los tiempos del Otoño, cómo cantan, como dicen, cómo se añoran en mí, cómo me hacen de feliz el recordarlos poco a poco, pasito a pie, como una botella de agua en los meses del verano;

¿ Dice usted que estoy hablando del Presidio como si me gustara mucho el lugar? Bueno yo no puedo negar que aquí desde las playas a los caminos son hermosos, más de lindos a todas las tierras en Puntarenas, allá en Costa Rica, Lo malo son los hombres... los hombres. Pero por favor no piense mal de mis palabras, yo se lo ruego con las dos manos juntas, porque si usted piensa mal, he de rezar una oración que yo me sé para que las mujeres de los ojos más lindos del mundo vuelvan la cabeza para otro lado cuando lo miren llegar...

Usted únicamente debe pensar que todo lo que yo le cuento tiene una huella, un rencor, una herida callada en mí. Mi propia vida no es sino parte de la historia grande de las cosas que le cuento. Es muy cierto, ya lo ha visto, que cuando Dios no estaba mirando para otro lado y ponía sus ojos Divinos en nosotros los reos, las gentes eran buenas; venían los meses del otoño; una persona cumplía la promesa de darnos papas tres veces al día en todo el mes; venían los vientos buenos para llevarse nuestras miserias; habían campanas de recuerdo en lo más sagrado del alma y voces de ternura se asomaban en nuestros sueños... Y en uno de esos meses del Otoño fui un hombre libre como desde entonces ya otra vez nunca lo he vuelto a ser...

El año de los Presidios es terrible. Todos los días del año para nosotros eran iguales. No había feriados. Trabajar era igual los domingos que los lunes. Yo pasé años enteros y supongo que muchos al igual, en que no podía distinguir entre un lunes y un domingo, si se preguntaran de repente el día que estaba viviendo. Se cuenta de las rayitas con palitos que hacen los reos es al principio para contarlos de cinco en cinco, después el tiempo deja de tener razón de ser. Bueno, si es una pena como la mía, para siempre y no he de encontrar jamás un camino de esperanza, ¿para qué contar? Ahora que tantas y tantas cosas han pasado y que usted quiere que as las cuente todas juntas, una sí y otra sí, digo que no hay nada que convierta a los hombres solos en estados de ánimo miserable, que esa igualdad de la vida de un penal: igual las cadenas a los latigazos; los días a los meses; las comidas; los insultos. ¡ Los insultos! Son los mismos hoy que hace diez años pues la falta de imaginación hace que los verdugos se aferren a ellos como una letanía a la que no hay necesidad de cambiar para decir más ni más terrible. Ni siquiera solían estrenar insultos nuevos; Siempre los mismos gritados a todo galillo antes del chispear requemante del látigo al sonar sobre nuestro cuerpo (cualquier parte: el lomo, las piernas, la cabeza, el rostro, cual lo señalaban los ojos estallados como huevos ante la punta de acero del látigo al chocar contra ellos)...

Bueno que era en Otoño y hacía tres días que un hombre estaba atado a una Palmera. Era costumbre atar al reo a una de esas palmeras, darle una tunda hasta que la sangre le corriera en los talones, y dejarle ahí hasta que uno al ver al reo pendiente no sabía si estaba vivo o desmayado. Por no recuerdo cuál de los crímenes imperdonables del Penal, antes de atarle a la palmera, se le había tomado, se le aplicaron veinte vargazos en la palma de las manos y otros tantos en las plantas de los pies; se le aplicó sal y limón y después se le ató a la palmera pegándole sobre la espalda.

Alguna vez a este castigo se agregaba untar miel en las heridas para que las moscas y las hormigas hicieran su parte. Pero sucedió que este recluso que era de apellido Barrientos tenía en Costa Rica un familiar allegado al Señor Presidente y se quejó.

Y así fue como vino a ser posible nuestra extraña aventura. Regresaban la fila de los montes. En ese momento el centinela del fortín número uno dió tres golpes al riel lo que significaba que se acercaba el bongo de la Capitania del Puerto. En el bote venía un capitán que después de anunciarse con don Venancio le hizo entrega de un sobre. En el sobre estaba una esquela donde el presidente de Costa Rica enviaba a decir al Comandante de la Isla de San Lucas, hasta de lo que iba a morir. Don Venancio mando a desatar al reo de la palmera y entregandole una carta y a prisionera al capitán, le dijo, a gritos como para que le escucharan muy bien todos: